



02



---

## C A P Í T U L O    0 2

UNA COLUMNA DE PURA LUZ BLANCA, TAN distante que era apenas más gruesa que un hilo, tan brillante que por poco ciega al príncipe, nació de una explosión.

Permaneció en silencio, sorprendido por un minuto entero antes de que algo lo golpeará fuerte en el pecho: la comprensión de que esa era la señal exacta que había estado esperando durante la mitad de su vida.

Apretó la mano en un puño: la profecía se había vuelto realidad. No estaba preparado. Nunca lo estaría.

Pero listo o no, actuó.

—¿Por qué se ven tan asombrados? —les dijo con desprecio a sus asistentes—. ¿Son pueblerinos que nunca han visto un rayo en la vida?

—Pero, señor...

—No se queden allí detenidos. Mi partida no se prepara sola —después, se dirigió específicamente a Giltbrace—. Iré a mi estudio. Asegúrate de que no me molesten.

—Sí, mi señor.

Sus asistentes habían aprendido a dejarlo solo cuando él lo deseaba; no disfrutaban que los enviara a limpiar las botas de los guardias del palacio, a recoger el agua sucia de la cocina o a rastrillar los establos.

Él contaba con que la atención de sus asistentes se enfocara otra vez de inmediato en el cielo ardiente. Con un vistazo hacia atrás supo que ellos estaban efectivamente mirando con fascinación el extraordinario rayo infinito.

Había pasadizos secretos en el castillo que solo la familia conocía. En treinta segundos llegó a las puertas de su estudio. Dentro de la habitación extrajo un tubo de la gaveta central de su escritorio y silbó dentro de él. El sonido se amplificaría mientras viajaba y finalmente llegaría a su confiable corcel que estaba en los establos.

Luego tomó un catalejo, una reliquia familiar, de su vitrina. El catalejo señalaba la ubicación de cualquier cosa que pudiera divisarse en su campo visual, y su alcance se extendía no solo a cada rincón del Dominio, sino también a cientos de kilómetros más allá en cualquier dirección.

Con los dedos apenas temblorosos ajustó las perillas del catalejo para ver el rayo con mayor nitidez. Había caído muy lejos, cerca del extremo sur de las Montañas Laberínticas.

Tomó unos guantes de montar y una alforja de las gavetas inferiores de su escritorio y susurró las palabras necesarias. Al siguiente instante se deslizaba por una suave rampa de piedra en un ángulo casi vertical; la aceleración era tan vertiginosa que podría haber estado en caída libre.

Se preparó. Aun así, el impacto contra el lomo de Marble, que estaba esperándolo, fue como chocar contra un muro. Tragó un gruñido de dolor y buscó a tientas en la oscuridad las riendas que estaban sobre los hombros de su vieja amiga. Con las rodillas, la espoleó para que avanzara.

Estaban en la embocadura de un camino oculto más rápido que atravesaba la montaña. En cuanto cruzaron el límite invisible, atravesaron a toda velocidad un túnel de cuatro metros de diámetro; apenas tenía el ancho suficiente para que Marble pasara con las alas plegadas.

La oscuridad era absoluta; el aire pesado y húmedo sofocaba su piel. Salieron disparados hacia arriba, tan rápido que sus tímpanos explotaron una y otra vez. Entonces, apareció un haz de luz que creció con rapidez hasta convertirse en un baño de sol; estaban a cielo abierto, sobre una cima inhabitada muy alejada del castillo.

Marble desplegó sus imponentes alas y se deslizó en el aire, cayendo en picada. El príncipe cerró los ojos recordando lo que había visto en el catalejo: una aldea tan común como un gorrión, y casi igual de pequeña.

Hubiera sido preferible teletransportarse solo. Pero teletransportarse a una distancia tan grande solo con una señal visual, en vez de un recuerdo personal, era algo impreciso. Y no podía darse el lujo de proceder a pie una vez que hubiera llegado a destino.

Se inclinó hacia delante y susurró en el oído de Marble.

Se teletransportaron.



IOLANTHE ESTABA REOSTADA SOBRE SU ESPALDA, ciega; el rostro le ardía y sus oídos sonaban como las campanas en la víspera de Año Nuevo.

Entonces, aún debía seguir con vida. Gruñendo rodó sobre un lateral, se apoyó sobre sus rodillas y se cubrió las orejas con las manos.

Después de un tiempo abrió los ojos y vio una extensión difusa

de tela verde: su falda. Alzó un poco la cabeza y miró su mano, que se enfocó despacio. Había un rasguño, pero nada de sangre. Suspiró, aliviada. Había temido que sus oídos hubieran sangrado y que encontraría trozos de cerebro sobre su palma.

Pero el césped a su alrededor era color café. Qué extraño, el páramo sobre el acantilado se había vuelto recientemente de un verde exuberante con la llegada de la primavera. Su mirada siguió la extensión de césped marchito y...

El mástil había desaparecido. En el lugar donde una vez había estado se alzaba un humo negro desde un pozo de exactamente el mismo color.

Se puso de pie con dificultad, guardó su varita de nuevo en el bolsillo y caminó tambaleándose hacia el cráter; sentía como si sus piernas estuvieran hechas de papilla. El humo hizo que se le humedecieran los ojos. El césped, seco como yesca, crujía debajo de la suela de sus botas.

El cráter tenía tres metros de diámetro y era tan profundo como la altura de Iolanthe; el mástil yacía tumbado en la cima. Esto era una locura. Cuando el rayo cayó, la carga eléctrica debería haberse disipado sin peligro en la tierra.

Luego, le echó un vistazo al caldero, que estaba apoyado erguido en el fondo del cráter, lleno del elixir más hermoso que jamás había visto; como luz de estrellas destilada.

Una risa se abrió paso por su garganta. Por una vez, la Fortuna le había sonreído. La iluminación de la boda sería perfecta. Su actuación sería perfecta (oh, actuaría, por supuesto. Y la señora Oakbluff tal vez podría perdonar al Maestro Haywood por la broma que le había hecho a ella al decirle —¡ja!— que no habría elixir de luz plateada para la boda de su hija).

Un silbido sobre su cabeza la obligó a mirar hacia arriba. Una bestia alada, parecida a la cruz entre un dragón y un caballo, pasó volando a

toda velocidad sobre ella. Había venido desde el norte, volando a una velocidad asombrosa hacia la costa. Pero mientras la observaba, las alas del animal aletearon verticalmente para reducir el impulso hacia delante.

Luego, la bestia volteó para enfrentarla.



### EL PRÍNCIPE NO PODÍA CREER LO QUE VEÍA.

Se había teletransportado bastante cerca del lugar donde el rayo había caído en realidad, pero Marble había pasado volando demasiado rápido para que él pudiera ver bien al mago que estaba sobre el acantilado ennegrecido. Pero ahora que había volteado a Marble...

El largo cabello oscuro, la mitad de punta debido a la descarga eléctrica, la blusa blanca con volados, la falda verde. No había dudas: el mago elemental que había invocado el rayo era una chica.

Una chica.

Archer Fairfax no podía ser una chica. Por todas las llamas, ¿qué haría con una chica?

Al instante siguiente, la chica ya no estaba sola. Un hombre vestido con una túnica negra se materializó y corrió hacia ella.



### IOLANTHE OBSERVÓ A LA BESTIA ALADA.

Era de un azul iridiscente, tenía astas filosas apenas ramificadas sobre su cabeza equina y una cola con púas y la punta color carmesí.

Un peryton de la Costa de Berbería.

Estaban muy de moda en las ciudades, pero no en los pueblos, o en el interior... ¿Qué estaba haciendo uno de ellos aquí, inmediatamente después de que ella hubiera invocado un rayo?

—¿Qué has hecho?

¡El Maestro Haywood! Su túnica negra de maestro de escuela ondeaba tras él mientras corría hacia ella.

—Reparé el elixir de luz —respondió Iolanthe—. Y no tiene que preocuparse por el cráter, me encargaré de él y pondré el mástil de nuevo donde corresponde.

Ella también controlaba la tierra, aunque no tan bien como controlaba el fuego y el agua... y el rayo.

—Cielo santo, ¿qué ocurrió aquí? —la señora Greenfield, una habitante del pueblo, también apareció—. ¿Está bien, señorita Iolanthe? Se ve terrible.

El Maestro Haywood extrajo su varita, puso de un jalón a Iolanthe tras él y apuntó la varita hacia la señora Greenfield.

—*Obliviscere!* —gritó—. *¡Obliviscere! ¡Obliviscere!*

*Obliviscere* era el hechizo del olvido más poderoso... y era ilegal para los magos que no tuvieran una licencia médica para utilizarlo. La señora Greenfield perdería seis meses, si no era un año, de sus recuerdos.

—¿Qué está haciendo? —gritó Iolanthe.

La mujer cayó de rodillas y vomitó. Iolanthe comenzó a caminar hacia ella. El Maestro Haywood atrapó la manga de la muchacha.

—Tú vienes conmigo.

—Pero, la señora...

Estaba sujetándole el brazo con mucha fuerza.

—¡Vendrás conmigo ahora mismo si quieres vivir!

—¿Qué?

Ambos se asustaron al oír el sonido de alas batiéndose sobre ellos: el peryton. El animal llevaba un jinete. Iolanthe entrecerró los ojos



para ver mejor. Pero al instante siguiente, estaba mirando la puerta de entrada de su propia casa.

El Maestro Haywood la empujó dentro. Ella tropezó.

La señora Needles asomó la cabeza en el vestíbulo.

–Maestro Haywood, señorita Seabourne...

–¡Fuera! –bramó el Maestro Haywood–. Vete ahora mismo.

–Discul...

El Maestro Haywood empujó a la señora Needles fuera de la casa y cerró la puerta con un golpe. Arrastró a Iolanthe hasta el salón y apuntó con su varita hacia el techo. La punta de la varita tembló.

Ella tragó saliva.

–¡Dígame qué está sucediendo!

Un bolso apareció de la nada y cayó en los brazos del Maestro.

–Ya te lo he dicho. Atlantis está viniendo a buscarte.

A través de las ventanas abiertas provino el sonido del aleteo del peryton. A Iolanthe se le erizó el vello de la nuca.

–¿Qué debo hacer? –preguntó, con la voz apenas más alta que un susurro, y la varita aferrada con fuerza en su mano.

Un golpe fuerte azotó la puerta principal. Ella se sobresaltó.

–¡Maestro Haywood, abra la puerta en este instante! –la voz le pertenecía a la señora Oakbluff, quien también era agente del pueblo–. Está bajo arresto por agredir a la señora Greenfield, como lo atestigüamos el señor Greenfield y yo. Señorita Seabourne, usted también vendrá conmigo.

El Maestro Haywood lanzó el bolso a los brazos de Iolanthe.

–No le hagas caso. Necesitas marcharte.

Ella se apresuró a seguirlo. El bolso era pesado.

–¿Qué contiene?

–No lo sé. Nunca lo he abierto.

*¿Por qué no?*

En una esquina de su habitación había un gran baúl, el cual los había seguido a lo largo de varias mudanzas. Cuando él abrió el cerrojo del baúl y levantó la tapa, vio el interior por primera vez. Estaba completamente vacío: era un baúl portal.

—¿A dónde voy?

—Tampoco sé eso.

A Iolanthe se le retorció el estómago.

—¿Qué *sabe* entonces?

—Que te has puesto a ti misma en un terrible peligro —el maestro cerró los ojos por un breve momento—. Ahora, entra.

La casa explotó. Las paredes se derrumbaron; los escombros volaron por los aires. Ella gritó, se lanzó al suelo y protegió su cabeza con el bolso. Trozos de ladrillo y yeso le golpeaban el resto del cuerpo.

Cuando el caos se hubo tranquilizado un poco, ella miró alrededor en busca del Maestro Haywood. Lo encontró tumbado en el suelo entre las ruinas, sangrando por una herida en la cabeza. Se apresuró a acercarse a su lado.

—¿Está bien, Maestro Haywood? ¿Puede oírme?

El hombre parpadeó y abrió los ojos. La miró, con la vista desenfocada.

—Soy yo, Iolanthe. ¿Está bien?

—¿Por qué sigues aquí? —gritó él, poniéndose de pie con dificultad—. ¡Entra al baúl! ¡Entra!

Le quitó el bolso y lo lanzó dentro del cofre. Iolanthe respiró hondo y se metió dentro por encima de los altos laterales del mueble. El maestro bajó la tapa. Ella la mantuvo abierta con la palma de su mano.

—Espere, ¿usted no vendrá con...?

Él cayó al suelo.

—¡Maestro Haywood!

A través del aire polvoriento, una figura femenina avanzó. La señora Oakbluff agitó su varita. El cuerpo inerte del Maestro Haywood salió volando, aterrizó con un golpe seco en la habitación contigua y evitó, por pocos centímetros, quedar empalado en una viga rota.

La señora Oakbluff se acercó a Iolanthe.



### ¿ADÓNDE SE HABÍAN TELETRANSPORTADO?

El pueblo no era grande, pero aún tenía cuarenta, cincuenta viviendas de tamaños variados. Los habitantes dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirar boquiabiertos a Marble y la sombra del animal planeando sobre los techos y las calles de adoquines como un presagio de fatalidad.

El príncipe evaluó la situación. Si él fuera el padre o el tutor —quien obviamente comprendía las consecuencias de lo que la chica había hecho— ¿hubiera ya huido? Poco probable. Él querría regresar a su hogar cercano, donde tendría un bolso preparado solo para una emergencia y un medio rápido para ponerse a salvo.

Pero ¿dónde estaba su hogar?

El príncipe se había enfocado más allá de la pequeña casa que estaba alejada del resto de la aldea cuando un movimiento le llamó la atención. Volteó la cabeza, esperando ver al hombre y a la chica materializándose. Sin embargo, solo había un mago de pie ante la casa: no era la chica de cabello largo, sino una mujer rechoncha y baja.

Decepcionado, continuó con su búsqueda. Solo para ver, un minuto después, la misma casa sacudiéndose con violencia antes de derrumbarse.

Detuvo a Marble lo más cerca a una parada total que se atrevió y

se teletransportó hacia los escalones delanteros de la casa, que ahora estaban torcidos.



—¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? —QUERÍA GRITAR Iolanthe, indignada, pero su voz apenas era más alta que un quejido.

—Impresionante, ¿verdad? —la señora Oakbluff sonrió, pero su rostro cuadrado carecía de su habitual buena voluntad rústica—. ¿Sabías que una vez trabajé en demoliciones?

—¿Destruiste nuestra casa solo porque dañé el mástil?

—No, porque te resististe al arresto. Y necesito el crédito por tu arresto, jovencita. He estado en este miserable lugar demasiado tiempo.

Crédito por *su* arresto, no por el del Maestro Haywood. La señora Oakbluff, pronto la futura pariente política de los colaboradores más fieles de Atlantis de toda la Frontera Mediosur, creía claramente que arrestar a Iolanthe le traería recompensas especiales.

El temor que había estado invadiendo a Iolanthe de pronto se desbordó. Jaló de la tapa del baúl, pero esta se negó a bajar.

—Ah no, no dejaré que te marches tan fácilmente —dijo la señora Oakbluff. Alzó su varita hacia Iolanthe. Sin pensar, la muchacha reaccionó. Un muro de fuego rugió hacia la mujer.



EL PRÍNCIPE PRIMERO ASEGURÓ LA CASA con un círculo infranqueable para evitar que otros intrusos ingresaran.

La puerta principal aún permanecía más o menos intacta, pero la pared a su alrededor se había derrumbado. Pasó por encima de los escombros esparcidos por el vestíbulo y apenas tuvo tiempo de esquivar la lengua de fuego que bramó en su dirección.

Pero el fuego no lo alcanzó. En cambio, dio un giro en el aire y regresó en la dirección por la que había venido. El príncipe lo siguió hacia la parte posterior de la casa y se detuvo en seco.

Cientos de estelas de llamas sibilantes y chisporroteantes, feroces como serpientes, atacaban al asaltante, que gritaba frenéticamente encantamientos protectores. La chica, ahora cubierta en polvo de yeso, estaba de pie sobre un baúl alto, agitando los brazos, su rostro fruncido por la concentración.

Algunos de los encantamientos protectores de la intrusa funcionaron. Detrás de su barricada, le apuntó a la chica con la varita.

El príncipe alzó su propia varita. El asaltante cayó al suelo roto. La chica lo miró boquiabierta un segundo, alzó ambas manos y las empujó hacia delante. El fuego salió disparado hacia él.

—*Fiat praesidium!*—el aire ante él se endureció para recibir el impacto del fuego—. Retira tus llamas. No estoy aquí para lastimarte.

—Entonces vete.

Con un giro de sus muñecas, el muro de fuego se reconfiguró en un ariete. Qué bueno que él había luchado contra tantos dragones.

—*Aura circumvallet.*

El aire se cerró alrededor del fuego. Ella agitó las manos, intentando hacer que las llamas le obedecieran, pero el fuego permaneció contenido.

Iolanthe chasqueó los dedos para convocar más fuego.

—*Omnis ignis unus*—susurró él. *Todo el fuego es un fuego.*

La nueva explosión de llamas que ella quería se materializó *dentro* de la prisión que él había creado.

Se acercó al baúl. La luz del sol atravesaba los muros destrozados e ingresaba en la habitación, y resplandecía en las áreas donde atrapaba partículas de yeso en el aire. Un rayo en particular iluminó un delgado hilo de sangre que la chica tenía sobre la sien.

Ella jaló de la tapa del baúl. Él colocó su propia mano contra ella para evitar que lo cerrara.

—No estoy aquí para lastimarte —repitió él—. Ven conmigo. Te llevaré a un lugar seguro.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Ir contigo? Ni siquiera sé quién...

Su voz se apagó; sacudió la cabeza al reconocerlo. Él era Titus VII, el Amo del Dominio<sup>2</sup>. Su rostro adornaba las monedas del reino. Su retrato estaba colgado en las escuelas y en los edificios públicos; aunque aún no era mayor de edad y no gobernaría por derecho propio por otros diecisiete meses.

—Su Alteza, disculpe la descortesía —su mano cedió el control de la tapa del baúl; sin embargo, su mirada permaneció en guardia—. ¿Está aquí por petición de Atlantis?

Así ella sabría de dónde venía el peligro.

—No —respondió él—. La Inquisidora tendrá que pasar sobre mi cadáver para llegar a ti.

—¿La *Inquisidora* me busca? —la chica tragó con dificultad.

—Con desesperación.

—¿Por qué?

—Te lo diré después. Necesitamos irnos.

—¿A dónde?

Él apreciaba su cautela: mejor cautelosa que ingenua. Pero ese no era el momento de dar respuestas detalladas. A cada segundo que pasaba disminuían sus oportunidades de salir sin ser vistos.

–Por ahora, a las montañas. Mañana te sacaré del Dominio.

–Pero no puedo dejar a mi tutor atrás. Él...

Demasiado tarde. Por encima de sus cabezas, Marble emitió un llamado alto y agudo: había visto a la Inquisidora. Él desenredó el colgante que llevaba alrededor del cuello y presionó la mitad inferior dentro de la mano de la chica.

–Te encontraré. Ahora, vete.

–Pero, ¿qué hay del Maestro...?

La empujó hacia abajo y cerró con un golpe el baúl.



EN CUANTO EL BAÚL SE CERRÓ, SU FONDO desapareció bajo Iolanthe. Cayó en la más absoluta oscuridad, sacudiéndose.